

DINAMICIDAD DE LA ECONOMÍA VERBAL Y RENTABILIDAD SEMIO-COMUNICATIVA

E. RAMÓN TRIVES
Universidad de Murcia

El interés y preocupación por la *significación* verbal hunde sus raíces en la configuración de la cultura analítica humana ¹. En los escritores greco-latinos encontramos las bases de los desarrollos semánticos posteriores ². La gloria del nombre, no obstante, y la iniciación de su tratamiento como disciplina lingüística deben atribuirse a Michel Bréal, sin menoscabo de la importante aportación de Chr. K. Reising, que, circunscrito al ámbito de las lenguas clásicas, *Vorlesungen über lateinische Sprachwissenschaft*, Halle 1839, postuló la necesidad del estudio de los principios que rigen el desarrollo de la significación, ya en 1825, con el nombre de *semasiología* ³. M. Bréal, en efecto, en 1883, llamó *semántica* a la “ciencia de las significaciones” ⁴:

“El estudio en el que invitamos al lector a seguirnos es de una especie tan nueva que ni siquiera ha recibido nombre aún..., las leyes que rigen la transformación del sentido, la elección de expresiones nuevas, el nacimiento y la muerte de las locuciones, han quedado en la sombra o no han sido indicadas más que de pasada. Como este estudio... merece tener un nombre, lo llamaremos *semántica*..., es decir, la ciencia de las significaciones”.

Posteriormente, en 1897, el mismo Bréal publicaría su *Essai de Sémantique*, primera obra de conjunto de esta nueva disciplina. No faltan quienes consideran que ésta es la verdadera obra fundamental de la semántica. Se ocupa fundamentalmente de cómo las palabras cambian de significado y cómo los significados cambian de palabras; y concede gran

¹ Vid. J. ROCA PONS, “Noticia sobre los estudios semánticos publicados en los últimos años”, en *AO*, XIII, 1963, pp. 18-30.

² Vid. E. RAMÓN TRIVES, *Aspectos de semántica lingüístico-textual*, Istmo-Alcalá, Madrid, 1979, pp. 45 y ss.

³ Vid. H. KRONASSER, *Handbuch der Semasiologie*, Heidelberg, 1952. S. ULLMANN, *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Madrid, 1965, p. 7.

⁴ Apud. S. ULLMANN, o.c. supra, nota 3, p. 8.

importancia al sustrato y a los préstamos entre las lenguas, sometidos a causas sociales en el más amplio sentido del término.

Sería injusto no recordar, en esta etapa fundacional de la semántica, una obra que alcanzó gran difusión y que se cuenta entre las obras clásicas de esta rama de la lingüística. Se trata de *La vie des mots étudiés dans leurs significations* (1887) de A. Darmesteter, quien coincide con los semantistas anteriores en sus planteamientos historicistas.

La reflexión semántica es muy anterior a la constitución de la lingüística como disciplina científica. El propio Michel Bréal —que, como hemos dicho, dio nombre a esta disciplina en 1883, en su artículo “Les lois intellectuelles du langage, fragments de sémantique”, publicado en el *Annuaire de l'association pour l'encouragement des études grecques en France*— reconocía ya en 1866, en su conferencia “De la forme et de la fonction des mots” ante el Colegio de Francia, que el estudio de la *significación*, que él homologa con la *función de las palabras*, se remonta a la antigüedad clásica griega ⁵. Pero la que será una especificación de su arriba mencionado *Essai de sémantique. (Science des significations)*, en paralelo con su artículo de la *Revue des Deux-Mondes*, del mismo año, 1897, “Une science nouvelle: la sémantique”, se presenta ya como una diferenciación sustancial frente al mundo clásico: “Le réseau des divisions logiques que les Grecs avaient jeté sur leur idiome laissait échapper, sans le saisir au passage, *les modifications qu'il subissait*”. (Subrayado mío).

El tratamiento que desde la antigüedad clásica griega ha ido mereciendo persistentemente el mundo del significado, en su caracterización pre-lingüística con respecto al momento actual, puede seguirse con provecho en la excelente obra de Eugenio Coseriu en su *Historia de la filosofía del lenguaje...* ⁶. Asimismo, y dentro de una orientación similar de historiación por textos, es utilísima la obra de Alain Rey *Théories du signe et du sens* ⁷.

Especial interés ofrecen, para ambos autores, las obras de Platón, Aristóteles, los estoicos, San Agustín, nominalistas y realistas medievales, Santo Tomás de Aquino (contrastando el extenso tratamiento de Eugenio Coseriu, dentro de la consideración habitual ⁸, con el silenciamiento de Alain Rey), Tomas de Erfurt —confundido con Juan Duns Scoto hasta 1922, con respecto a la paternidad de su *Grammatica speculativa sive Summa de modis significandi*—, según demostró M. Gabmann, como ya vimos, no quedando exento de dicho malentendido el propio Martin Heidegger con ocasión de su tesis doctoral en 1916, *Die Kategorien —und Bedeutungslehre des Duns Scotus* ⁹—, John Locke, Gottfried Wilhelm Leibniz, etc...

Frente a todos ellos, en su “acronía” común, más cercana a la *metafísica* que a la lingüística, marca un hito de acercamiento al tratamiento lingüístico la figura del ya mencionado Michel Bréal, quien valorando las aportaciones anteriores las dinamiza con el ingrediente historicista de su época, y no tanto en cuanto *historia natural*, que critica en las obras de comparatistas y naturalistas, como Bopp o Schleicher, sino en cuanto *historia intrahumana*, propiciando una nutrida serie de obras que desde Arsene Darmesteter, ya aludido anteriormente, K. Nyrop, A. Meillet, Félix Restrepo, etc., perdura hasta nues-

⁵ Apud. A. REY, *Théories du signe et du sens*, Paris, 1973, p. 248.

⁶ Vid. E. COSERIU, *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart. Eine übersicht.* Teil I: *Von der Antike bis Leibniz*; Teil II: *Von Leibniz bis Rousseau*, Stuttgart, 1969 y 1972, respectivamente.

⁷ La oposición *signe vs sens* se ha de entender en un sentido lato.

⁸ La semiótica de Santo Tomás puede verse especialmente en sus comentarios al *De Interpretatione* de Aristóteles, Torino, 1955. (Ed. de Spiazzi).

⁹ Vid. E. COSERIU, o.c. supra, nota 6, Teil I, p. 131.

tros días. En efecto, la obra de F. Restrepo ha sido reeditada últimamente en 1974 por el Instituto Caro y Cuervo, manteniendo esta obra un inquebrantable interés.

Obsérvese el interés de los siguientes pasajes de la ya mencionada conferencia de M. Bréal en 1866: “C’est la réunion de ces deux méthodes —se refiere a los que llama “formal” y “funcional”— qui constitue la grammaire historique. *L’objet de cette science est de rechercher dans l’esprit de l’homme la cause de la transformation des idiomes...* C’est en observant les lois du langage sans consulter d’autre maître que le langage lui-même —que anticipa muchos replanteamientos de la lingüística moderna—, c’est en notant les habitudes particulières à chaque idiome comme le physiologiste... Mais faut-il croire que la science que nous étudions consiste uniquement dans cette observation extérieur des formes du langage?... *Il ne faut pas que la description du langage humain nous fasse oublier l’homme*, qui en est à la fois le principe et la fin, puisque *tout, dans le langage, procède de lui et s’adresse à lui...* L’attention que nous portons à la *lettre du langage* ne doit donc pas nous en faire oublier *l’esprit*: tout en notant avec le soin du naturaliste les moindres modifications éprouvées par les mots, il faut nous garder de croire que l’histoire des idiomes marche toujours de pair avec ces transformations des voyelles et des consonnes. *Parmi les changements qu’éprouvent les langues, il y a au moins lieu de distinguer entre ceux qui entraînent véritablement un dommage pour la pensée et ceux qui ne sont qu’une mise en oeuvre plus parfaite de la matière*”¹⁰. Subrayado que destaca en este enjundioso texto de Bréal para poner de relieve la modernidad del mismo, con apreciaciones que anticipan, en un siglo las aspiraciones praxiológicas del momento actual, así como planteamientos tan rigurosamente precisos como los de E. Coseriu.

Véase la coincidencia básica entre el planteamiento de principios trazado por Bréal y la apodíctica razón que asiste a la siguiente argumentación de Coseriu contra uno de los principios de una obra que pasa por ser el punto de partida para “Le renouveau de la sémantique”, como reza el título de la conferencia de M. Leroy, en apoyo del “nuevo giro de la investigación” que arranca de la obra de Stephen Ullmann, *The Principles of Semantics* (1953). El texto de E. Coseriu, de su “Pour une sémantique diachronique structurale”, recientemente incluido en la colección de artículos que suponen sus *Principios de Semántica Estructural*: “En su bien conocido tratado de semántica (*The Principles of Semantics* ¹, Glasgow-Oxford, 1957, p. 171), S. Ullmann define el cambio semántico de la siguiente manera: “*a semantic change will occur whenever a new name becomes attached to a sense and/or a new sense to a name*”. Esta definición corresponde indudablemente a una noción adecuada de la “significación” (*meaning*), entendida como relación entre la expresión (*name*) y el contenido (*sense*). Pero —aun dejando de lado el hecho de que, si se la quisiera aplicar estrictamente, todo préstamo de una forma léxica debería considerarse como cambio semántico— ella no podría constituir el punto de partida de una lexemática diacrónica (admitiendo, por otra parte, que ésta sea posible), porque, en realidad (salvo las posibles implicaciones de “and”, cf. 4.2.1 no implica necesariamente que, en el proceso que describe, sucede algo también en el contenido. En rigor, dado que sólo se refiere a la relación entre los dos planos del léxico, la definición de Ullmann corresponde, o bien a la sustitución de un significante para un determinado significado (es decir, evidentemente, a un cambio de expresión), o bien a la sustitución de un significado para un determinado significante (es decir, si se quiere, a un cambio *de* significado), pero no a cambios *en* el significado, en las relaciones entre los contenidos léxicos, que quedan fuera de consideración” ¹¹. Lo cual evidencia la

¹⁰ Apud. A. REY, o.c. supra, nota 5, pp. 250-253.

¹¹ Vid. E. COSERIU, *Principios de Semántica Estructural*, Gredos, Madrid, 1977, pp. 21-22.

modernidad que supone distinguir “lo que al cambiar acarrea una perturbación o daño para el pensamiento” frente a “los cambios que no son más que una acomodación más perfecta de la materia”, que si bien alude exclusivamente a los *cambios de expresión*, frente al mayor abarque del razonamiento coseriano, que también se ocupa del *cambio de significado*, se acerca bien a lo que se debe entender por *cambio en el significado*, de que habla Coseriu y apoya, a 100 años de diferencia, en su incidencia estructural.

“La reintroducción del factor humano —podemos decir con Alain Rey— es lo que constituye el leit-motiv de la semántica bréaliana, no evocando su creador las consideraciones funcionales que pronto Saussure denominará *sincrónicas*, sino para rehabilitar el “pensamiento”, en cuanto fuerza capaz de acomodarse a las alteraciones históricas de los signos”¹². Lo cual es inmediato al principio de la “arbitrariedad del signo lingüístico” que ha de desarrollar Ferdinand de Saussure produciendo el concepto de *valor* como corolario de la sistemática lingüística, inmediata al formalismo estructuralista, con indudables conquistas en el ámbito descriptivo fonológico y morfológico-sintáctico, pero voluntariamente inoperante, salvo los estudios de Jost Trier, Leo Weisgerber..., ante esa “terra ignota” de lo semántico-lingüístico, que, sin discusión, quedaba “extra muros linguisticae”. Así lo señalan distintos autores, retrotrayendo incluso la fecha señalada por M. Leroy para esa “renovación de la semántica”, antes aludido. Me refiero a Tzvetan Todorov, A.J. Greimas, K. Baldinger...

Conectada, no obstante, la perspectiva semántica, van aumentando las observaciones, los materiales, los hallazgos teóricos de todo tipo referentes a las distintas lenguas de cultura¹³, constituyendo un importante conjunto que puede englobarse bajo la genérica denominación de *semántica tradicional*, caracterizada, sobre todo, por su tinte histórico-*atomicista*, pues, en efecto, no es por la *historia* o perspectiva histórica propiamente por la que se oponen a la *semántica estructural*, sino precisamente por la *falta de perspectiva sistemático-integral*, que, necesariamente, rebajaba los resultados de sus estudios, condenándolos a la parcialidad, al atomismo más radical. En efecto, la perspectiva histórica auténtica supone una dia-sincronía, es decir, el análisis genético-contrastivo entre la sincronía originaria o previa y la sincronía resultante o subsiguiente, lo que, evidentemente, matiza de especialmente críticas o problemáticas las conclusiones que se hagan bajo esta perspectiva, que entiendo es la única válida, puesto que el análisis lingüístico, en cualquiera de sus estadios filogenéticos, se debe hacer desde los esenciales presupuestos lingüísticos, que nos hacen considerar al lenguaje no como un aglomerado de elementos independientes entre sí, sin relación mutua alguna, sino que pertenecen a la lengua en la medida en que pertenecen a su sistemática en forma de paradigmas, de mayor o menor cohesión interna, o como terminologías en un “nomenclator” determinado. No es, pues, la perspectiva histórica lo que nos separa de nuestros predecesores del siglo XIX y parte del XX, sino más bien la *atomicidad* de esa perspectiva, radicalmente opuesta, ciertamente, a la *sistematicidad* que reclama el estructuralismo, tanto para la dimensión sincrónica como para la diacronía, como pusieron de relieve R. Jakobson, E. Alarcos, etc., respecto a la *fonología diacrónica*, y, recientemente, E. Coseriu para la *semántica diacrónica*¹⁴. Urge, pues, aprovechar los valiosos estudios de nuestros predecesores, pero integrándolos en su *natural sistemática*, y no sólo a la que interesa a “la lettre du langage”, sino a “l’esprit”, como ya consideraba necesario el propio Michel Bréal. La tarea

¹² Vid. A. REY, o.c. supra, nota 5, p. 247.

¹³ Vid. K. BALDINGER, *La Semasiología. Ensayo de un cuadro de conjunto*, Rosario, 1964.

¹⁴ Vid. E. COSERIU, o.c. supra, nota 11, pp. 11-86.

es inmensa, y se imponen ensayar los pasos metodológicamente más aconsejables. Estos razonamientos me conducen al significativo texto siguiente de Coseriu: “Queda el problema de la dificultad de una descripción unitaria y coherente del conjunto del léxico. En la medida en que el léxico puede considerarse como un sistema (en todo caso, “sistema de sistemas”) —y se trata de una hipótesis más bien que de un hecho ya establecido—, la dificultad de su descripción coherente es, sin duda, una dificultad notable, pero de carácter empírico... Si nos propusiéramos establecer los elementos funcionales “mínimos” del contenido léxico de toda una lengua y reducir todas las “clases abiertas” del léxico a “clases cerradas”, como parece quererlo Hjelmslev, la empresa sería, en efecto, desesperada. Pero pensamos que no es indispensable abordar de entrada todo el léxico de una lengua en bloque. Se puede comenzar, más modestamente, por establecer sistemas parciales bastante simples, reservándose la posibilidad de ordenarlos ulteriormente en sistemas más complejos (o de grado superior). Y si los sistemas no se pueden establecer en todas partes con la misma facilidad, se puede comenzar por establecer oposiciones inmediatas. Efectivamente, la estructura del léxico puede parecer imprecisa (e incluso inexistente), si se intenta oponer directamente, por ejemplo, *árbol a virtud* o *batalla a número* (sucedería más o menos lo mismo en la gramática, si se opusiera, por ejemplo, el complemento directo al pretérito indefinido, es decir, elementos de sistemas diferentes), pero resulta más clara si se compara *árbol* con *planta*, *flor*, *yerba*, o *batalla* con *lucha*, *combate*, *guerra*, etc. Por lo demás, el estructuralismo no es diferente de lo que se llama “atomismo” en un sentido simplemente “cuantitativo”, es decir, por considerar el conjunto de un sistema en lugar de considerar las unidades aisladas, sino que es metodológicamente, es decir, cualitativamente diferente por el hecho de que aún una sola unidad la considera en sus relaciones funcionales con otras unidades de la lengua. Se pueden, pues, plantear estructuralmente también problemas particulares y perfectamente limitados”¹⁵.

Pero la semántica lingüística no agota en exclusiva el tratamiento del significado. Surgen otras opciones metodológico-científicas que se interesan también por dicha problemática. En cierto modo, han coexistido milenariamente con los tradicionales tratamientos del lenguaje. Pero ahora se perfilan como especiales disciplinas filosóficas, psicológicas, sociológicas, etc.

La semántica filosófica se fundamenta en el hecho evidente de que el lenguaje puede ser abordado filosóficamente¹⁶. En 1923, precisamente, Ernest Cassirer, en su *Philosophie der Symbolischen Formen*, sitúa el estudio del lenguaje como antesala de los estudios filosóficos (tomo I). Sostiene que concebimos el mundo y ordenamos la realidad, que de por sí es caótica, gracias al lenguaje, hasta tal punto de que el hombre vive prisionero de su propia lengua materna.

El convencionalismo explica que el lenguaje, el sistema de la lógica y la visión del mundo pueden elegirse de un modo arbitrario. Para el neopositivismo el lenguaje es el único objeto del análisis filosófico. El connubio entre el neoplatonismo y el pragmatismo llegó a sostener que la semántica podía considerarse como solución a muchos problemas sociales, ante cuyos planteamientos A. Schaff adoptó inicialmente una actitud crítica, para matizar más tarde sus propios criterios. En efecto, en su *Introducción a la Semántica*¹⁷ dice: “Si rechazamos la extraña forma de la patología de los signos en la obra de Korzybski, queda en pie el problema real de las perturbaciones semantógenas”. Y, más tarde, en un breve artículo sobre *Lenguaje y acción humana*, empieza diciendo: “Hace ya varios años, contraje compromiso

¹⁵ Ib., pp. 26-27.

¹⁶ Vid. A. SCHAFF, *Introducción a la Semántica*, México, 1966, pp. 63 y ss.

¹⁷ Ib., p. 111.

moral de replantear la problemática de la semántica general —se está refiriendo fundamentalmente a *Science and Sanity* de A. Korzybski¹⁸—. Era el momento en que, en la *Introducción a la semántica*, le hacía su crítica. Me siento responsable por este compromiso y por el hecho de que junto a los aspectos negativos de la semántica, veo en ellos aspectos positivos, aunque no fuera más que las ideas relativas a la función social del lenguaje, que no se encuentran en ninguna otra parte... La tesis a la cual me refiero y que podemos extrapolar de diversas declaraciones de los representantes de la semántica general es simple, pero de gran alcance heurístico; el comportamiento de los hombres a menudo está condicionado por la sugestión del pensamiento, según la dirección tomada por este pensamiento, y con él por la emoción, la voluntad, etc., por intermedio del lenguaje... No se puede pensar sin conceptos, lo que equivale a decir que no se puede pensar sin palabras con un sentido definido. Se puede, por el contrario, pensar sin estereotipo puesto que el estereotipo no es una categoría de pensamiento lógico, sino de pensamiento pragmático, es decir, unido a la acción humana. Y es precisamente ahí donde se esconde la famosa “tiranía de las palabras”¹⁹. En sí misma, la cuestión es banal. Se nos educa en un medio dado que a partir de su experiencia histórica y por razones que se pueden analizar históricamente y descubrir, forma simpatías y fobias... Según la época y el medio, vemos aparecer estereotipos positivos o negativos de representantes de nacionalidades dadas, por ejemplo el estereotipo del alemán judío, del ucraniano, del polaco; estereotipos de representantes de profesiones determinadas, por ejemplo el estereotipo del obrero, del actor, etc... Es ahí donde se inserta la semántica general con sus operaciones terapéuticas relativas a la significación de las palabras... Cuando decimos “negro”, debemos recordar que es el nombre de una clase de objetos individuales y que en realidad nos referimos a individuos “negro₁”, “negro₂”, etc., siendo el nombre general una hipóstasis. Es necesario enseñarlo a los hombres por todos los medios, incluso con ayuda de lo que se llama “el diferencial semántico”... que la clase de individuos es diferente de los individuos que forman parte de ella... Decimos siguiendo en ello la semántica general (a este respecto, ésta sigue los pasos de los nominalistas y puede referirse a predecesores eminentes, empezando al menos con los combates librados por Francis Bacon contra toda clase de *ídolos*, hasta el análisis semántico reísta de Tadeusz Kotarbinski que enseña a combatir victoriosamente las hipóstasis) que la palabra “negro” es una hipóstasis si no la utilizamos deliberadamente como nombre de una clase de objetos individuales “negro 1”, “negro 2”, “etc.”, porque únicamente esos objetos existen, en una acepción más limitada de la palabra “existir”... Al mismo tiempo que el niño aprende la lengua de un grupo dado, aprende su conocimiento del mundo, pero también su evaluación de este mundo, sus estereotipos... es necesario denunciar esta mistificación demostrando que la objetividad del estereotipo sólo es aparente, que es diferente del concepto... El comportamiento del hombre, que es siempre un individuo social, está formado entre otras cosas por la lengua, es decir, por la cultura de la sociedad de la que la lengua sólo es una parte. Por ello el comportamiento de los hombres debe, y puede, estar formado recurriendo igualmente a operaciones que dependen del dominio lingüístico”²⁰. La incidencia de estos aspectos semantógenos en el individuo dentro del grupo o colectividad al que pertenece o le hace pertenecer su lengua materna, en la dimensión pragmática del lenguaje urgida por la reciente “lingüística del texto”, nos ha incitado a recoger estas palabras de autorréplica de Adam Schaff.

¹⁸ Vid. A. KORZYBSKI, *Science and Sanity*, Connecticut, 1958.

¹⁹ Vid. A. SACHAFF, *Lenguaje y Acción*, Barcelona, 1971, pp. 5-25.

²⁰ *Ib.*, pp. 25-35.

En época muy reciente la semántica lógica ha producido obras de importancia ²¹. La “vaguez” ha sido uno de los defectos imputados por los lógicos al funcionamiento del lenguaje. De ahí que la lengua natural, en su forma habitual, no pueda ser empleada para la adecuada representación y formulación de estructuras lógicas bien formadas ²². Surge la necesidad de los lenguajes formalizados, con el fin de huir de la dificultad de la “vaguez” característica de la lengua natural, así como de su dependencia contextual, sus redundancias, variaciones estilísticas, etc...

Habría que señalar a este respecto que se ha exagerado tal vez demasiado sobre el carácter pretendidamente a-lógico o anti-lógico del habla natural, siendo así, evidentemente, que es un sistema funcional eficaz y que, por consiguiente, debe poseer reglas de funcionamiento en virtud de las cuales realmente funciona. Tal es el parecer de E.H. Brekle, entre otros ²³. De hecho los lógicos más eminentes de todos los tiempos acuden al lenguaje para vitalizar sus sistemas lógicos. Piénsese, por ejemplo, en la transformación de la lógica predicativa aristotélica en nuestra lógica actual, “conjuntista y relacional” ²⁴ por obra de Bertrand Russel. De hecho tales avances en el horizonte de la lógica se acomodan muy bien a la realidad del lenguaje natural, como prueba, a mi parecer, del carácter prioritario de la lengua natural con respecto a la lógica formal, teoría autosuficiente en sí misma, pero perfectible desde el punto de vista de su cotejo o aplicación a la lengua natural. Hay quienes piensan que la lengua natural no es únicamente anterior a la lógica formal, ya que no puede haber sistemas lógico-formales ni lógicos sin hablantes de una lengua dada, sino que tiene un funcionamiento irreducible a la lógica formal. De ahí que el funcionamiento aséptico de las unidades dentro de cada componente de la trilogía morrisiana, sin contaminaciones mutuas, no se considere adecuado al mecanismo de la lengua natural concreta. Tal es el parecer de K. Heger, J.S. Petofi, etc. ²⁵.

Como quiera que sea, se ha generalizado también el planteamiento siguiente: la semántica lógica investiga las leyes que hay que tener en cuenta para la interpretación del contenido de cualesquiera lenguas formales, tanto por lo que respecta a la representación de cualquier circunstancia, como por lo que hace, también, al problema de la veracidad de las afirmaciones, la sinonimia y las relaciones significativas entre las expresiones. De ahí que la semántica lógica pueda ser el modelo formal para cualquier manifestación de semántica ²⁶.

La semántica lingüística investiga el contenido de los signos lingüísticos y de sus combinaciones en la cadena hablada. La enormidad de los temas y problemas abarcados por la semántica lingüística contrasta con la acotada competencia que se autoasigna la lógica de las lenguas artificiales. Lo cual no quiere decir que haya hoy divorcio o antagonismo entre ambas perspectivas, pues lo cierto es que se contemplan con provecho las dos, ganando en riqueza formal los planteamientos metalingüísticos. Y esto por necesidad de su condición de tal ciencia, puesto que como muy bien señalaba Eugenio Coseriu “la gramática debe ser lógica

²¹ Vid. R. MARTIN, *Pour une logique du sens*, P.U.F., Paris, 1983.

²² Vid. E. RAMÓN TRIVES, o.c. supra, nota 2, pp. 124 y ss.

²³ Vid. H.E. BREKLE, *Generative Satzsemantik und transformationelle Syntax im System der englischen Nominalkomposition*, München, 1970.

²⁴ Vid. G. VAN HOUT, *La relation prédicative*, Paris, 1973, pp. 92-95.

²⁵ Vid. K. HEGER, *Monem, Wort, Satz und Text*, Tübingen, 1976, pp. 19-22. J.S. PETOFI, *Vers une théorie partielle du texte*, Hamburg, 1975, pp. 88 y ss.

²⁶ Vid. CH. ROHRER, *Lingüística Funcional y Gramática Transformativa. La transformación en francés de oraciones en miembros de oración*, Gredos, Madrid, 1978. (Ed. orig., 1971).

por ser ciencia, no por ser ciencia de un objeto lógico”²⁷. Lo cual quiere decir que entre las exigencias de la lingüística como disciplina científica que se propone acceder al estudio del funcionamiento de la lengua natural, está el dotarse de una metodología adecuada y consistente, tanto si esta metodología le ha sido ofrecida por las formulaciones existentes en la lógica formal, como si nacen de sus propios investigadores. De hecho, parece lógico pensar que si las ciencias se distinguen también por su objeto formal de análisis, no se debería postular el mismo método científico para abordar los lenguajes artificiales que para acceder a las lenguas naturales, aumentando necesariamente su complejidad.

Llegados a este punto, hay que manifestar que la llamada “semántica estructural”, “semántica lingüística” o “neo-semántica” en la denominación de Pierre Guiraud en sus *Structures étymologiques du lexique Français*, la semántica, en lo que debe suponer de tratamiento del comportamiento verbal, para no caer en la trampa del supuesto “laboratorio lingüístico” más bien “pseudolingüístico”, diría yo, del que escribe el profesor Montero²⁸, debe encaminarse decididamente a la búsqueda y fundamentación de la *lingüística integral*, como una parte o selección concreta de la “praxiología o antropología general”.

La semántica lingüística —si no quiere seguir siendo pura sintáctica o simple combinatoria de lo que es/no es, sino lo que deja de ser al tiempo que se convierte en lo otro en su comportamiento, esencialmente viario, funcional o comportamental— tiene que atender al circuito comunicativo integral, en el ámbito intensional (o darse de las cosas, su constitución componencial) y extensional (o las cosas que se dan en ese modo de darse lingüístico de las cosas, o conexión con el mundo o conjunto de denotados).

Aleccionador es, al respecto, el esquema semiótico-lingüístico que traza Leibniz, haciendo coincidir a sus dos personajes, Filaletes y Teófilo —portavoces, respectivamente, del pensamiento lockiano y de Leibniz mismo—, en los siguientes puntos:

“1º El que no tiene más que los términos sin ideas es como el que no tuviera más que un catálogo de libros.

2º El que tuviera ideas muy complejas sería como un hombre que tuviese una gran cantidad de libros en hojas sueltas, sin títulos, y no pudiera dar el libro sino dando las hojas unas después de otras.

3º El que no fuese constante en el uso de los signos sería como un mercader que vendiese diferentes cosas bajo un mismo nombre.

4º El que tuviera en su cabeza ideas de sustancias que no han existido jamás, no podría avanzar en los conocimientos reales”²⁹.

El circuito comunicativo, al que alude Leibniz, supone un proceso dialéctico que conecta la realidad objetiva con su expresión verbal, por medio de una serie de filtrados que podemos denominar *conceptualización* y *verbalización*, de tal forma que la conceptualización filtra la realidad objetiva, y la verbalización selecciona la realidad conceptualizada de acuerdo con los distintos grados epistemológicos, siendo cierto lo que con distinto alcance para el término

²⁷ Vid. E. COSERIU, *Teoría del Lenguaje y Lingüística General*, Gredos, Madrid, 1969 (2ª reimpr.), p. 252.

²⁸ Vid. F. MONTERO, *Objetos y palabras*, Valencia, 1976, pp. 91-98.

²⁹ Vid. W. LEIBNIZ, *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano*, Buenos Aires, 1970, vol. III, p. 124.

“concepto”, señala Georges Matoré, en su obra de justo merecimiento *La Méthode en Lexicologie* ³⁰. “Le mot socialise et rationalise le concept. Le mot permettra donc au concept de dépasser le stade individuel et affectif: il rationalise, classe, distingue, généralise, abstraitise la pensée”.

El químico, diríamos, conceptualiza la realidad *químicamente*; y cualquier científico, en cuanto tal, conceptualiza la realidad desde su especial ángulo metodológico, estando encaminados todos ellos a lograr la biunivocidad “significante-significado” dentro de la operativa de su propia ciencia. En este sentido es muy cierto lo que el profesor Trujillo, en su clarificador trabajo *Elementos de semántica lingüística* ³¹, señala a propósito del tema: “los signos lingüísticos no tienen definición en el mismo sentido que pueden tenerla todos los objetos del mundo, físicos y mentales (piénsese en la definición de *hierro* o en la de *circunferencia*, ambas inequívocas)... No olvidemos que los lenguajes naturales, por ejemplo, son lenguajes “de contexto” y no lenguajes sin contexto. En los lenguajes sin contexto, los signos funcionan en virtud de su definición; en los lenguajes naturales, los signos no funcionan en virtud de ninguna definición, sino en virtud de las propiedades relacionales vinculadas en gran medida a su valor semántico. Sólo en estas relaciones podremos encontrar el valor de un signo, su “definición”, si la queremos llamar así, aunque impropriamente..., porque se trata de magnitudes que no pueden ser comparadas ni en la introspección ni en la comprobación de los *designata* o de sus definiciones”. Pero también, en un sentido, creo complementario y no incompatible con lo señalado por Ramón Trujillo, los lenguajes naturales, en su gran polivalencia o economía, llegan a ser “lenguajes sin contexto”, mientras que los “lenguajes científicos” precisamente por su monovalencia característica —en cuanto la logran—, son “lenguajes contextuados”. En ellos la “socialización conceptual por la palabra”, de que hablaba G. Matoré, sólo relativamente es cierta, es decir, únicamente para los que estén en el dominio de la ciencia en cuestión en cada uno de los lenguajes formalizados, es decir, para aquellos que estén *en contexto*, a diferencia de las puras “terminologías simplemente relacionales”, que en cualquiera de los lenguajes, científicos o coloquiales, gozan de evidentes afinidades.

En este sentido, es esclarecedor acudir a la autoridad de J. Lyons a propósito del tratamiento semántico pre-estructural y el tratamiento actual, en su *Structural Semantics*: “*The difference between treating meaning as a function of the meaning-relations, as I am recommending, and the more traditional approach of defining these relations in terms of a comparison with the treatment in modern logic of such 'abstract qualities' as weight, length, etc. I quote from Reichenbach: 'What is the weight of a body? It is usually conceived as an abstract property of the body, recognizable from certain physical effects...'*”³². “*The difference between this view of the 'abstract qualities' and a more ancient conception, which regarded them as positive properties inherent in things, is readily appreciated. We have only to think, for example, of Plato's difficulty in connexion with the simultaneous predication of 'tallness' and 'shortness' of the same person. It seems to me that many of the difficulties experienced by semanticists in the treatment of meaning-relations such as synonymy or antonymy are of a similar nature, being caused by their view of 'meaning' as prior to these relations. Such scholars as Trier and Weisgerber, it is true, have developed a theory of semantics which*

³⁰ Vid. G. MATORÉ, *La Méthode en Lexicologie* (nueva ed. rev.), Paris, 1973 (ed. orig., 1953), p. 37.

³¹ Vid. R. TRUJILLO, *Elementos de Semántica Lingüística*, Cátedra, Madrid, 1976, pp. 114-115.

³² Vid. J. LYONS, *Structural Semantics. An Analysis of part of the vocabulary of Plato*, Oxford, 1969, p. 58.

implies the priority of the meaning relations, but, as we have seen, by framing their theory in terms of an *a priori* conceptual medium, they have considerably weakened the force of their arguments”³³. En efecto, el reparo que Lyons observa en los tratamientos relacionales del significado en investigadores, anticipadores del momento actual, de la talla de Trier y Weisgerber, consiste en “su visión de la significación (meaning) como prioritaria con respecto a dichas relaciones”, lo que ha venido a “debilitar considerablemente la fuerza de sus argumentos” por haber formado su teoría “en términos de un instrumento conceptual *a priori*”. Por lo cual considera Lyons que la teoría del significado quedará mucho más sólidamente establecida si se define la significación de una unidad lingüística dada como una serie de relaciones (paradigmáticas) que dicha unidad contrae con otras unidades del lenguaje (en el contexto o contextos en que ocurre o se manifiesta)...³⁴.

Los distintos puntos de vista adoptados por la metodología lingüística actual dentro del ámbito que nos ocupa pueden quedar enmarcados en el planteamiento que Klaus Heger presenta al introducir su *modelo actancial*³⁵: En sus reflexiones sobre el papel de la funcionalidad en la teoría gramatical de hoy, K. Baumgartner distingue “cuatro opciones de construcción en el establecimiento de la funcionalidad gramatical, es decir:

a) Clasificación distribucional de lugares sintácticos o categorías con base en la segmentación de la estructura superficial, sobre la base, fundamentalmente de criterios morfológicos (modelo estructural clásico).

b) Interpretación de categorías sintácticas de la estructura profunda, basada en la segmentación de la estructura de superficie o incluso de una abstracción estructural profunda (modelo de la gramática de casos).

c) Interpretación estructural profunda de relaciones categoriales, ya sobre la base de las relaciones sintácticas dadas (modelo de la teoría funcional de los *Aspectos*), ya con independencia de las relaciones sintácticas específicas (modelo lógico-funcional).

d) Quasi-interpretación a través de la construcción sintáctica inmediata, es decir, a través de la verbalización dentro de la lengua-objeto en el marco de una determinada estructura profunda, sintáctica, inmediata a la superficie (modelo de la llamada *semántica generativa*)”³⁶.

Con lo cual, en los sucesivos, y en concordancia con mis anteriores estudios³⁷, así como con las conclusiones obtenidas por el propio Baumgartner, de las posibilidades no excluidas (b) y (c) —anteriormente excluyó las posibilidades (a) y (d) por considerarlas dependientes de una lengua dada, aspectos de interés para nosotros en este ámbito— debe prevalecer la que

³³ Ib., p. 59.

³⁴ Ib., pp. 59 y ss.

³⁵ Vid. K. HEGER, o.c. supra, nota 25, pp. 102-103.

³⁶ Como se podrá apreciar, no todo lo que aparece bajo el marbete de *semántica generativa* tiene el mismo objeto formal de tratamiento: no es lo mismo la *semántica generativo-funcional* de Brekle, por caso, que la por así decir *semántica generativo-designativa* de Lakoff, etc.

³⁷ Vid. K. HEGER, *Teoría Semántica. Hacia una Semántica moderna*, II, Madrid, 1974, pp. 53-85.

califica de *modelo lógico-funcional*, ilustrándolo con el sólido trabajo de H.E. Brekle³⁸, con las soluciones, precisamente coincidentes con las suyas propias.

Condición previa para la apetecida “interpretación estructural profunda de relaciones categoriales” es que se acepten como premisas, por una parte, *categorías*, que puedan entrar en relación unas con otras, y, por otra, *relaciones*, que puedan conectar tales categorías entre sí³⁹.

En efecto, como considera Greimas, la significación supone una estructura, que es “el modo de existencia de la significación, caracterizado por la presencia de la relación articulada entre dos semas”⁴⁰.

Se sabe que, como dice Roch Valin⁴¹: “La langue est donc une réalité éminemment abstraite dans laquelle on trouve, non pas des représentations toutes faites qu'on n'aurait qu'à utiliser telles quelles dans le discours et dont l'ensemble constituerait une image de l'univers, mais seulement les schèmes abstraits des opérations de pensée à effectuer pour obtenir la représentation de telle ou telle fraction d'univers”.

En efecto, el ser la lengua un mecanismo operativo tanto en estado de inconsciencia como de consciencia, o entre ambos, lógicamente, debe matizar especialmente los distintos estadios del proceso expresivo, tanto en sus facetas estrictamente *genotextuales*⁴², o en el proceso de su producción, como en la cristalización de dicho proceso, o resultado *fenotextual* expresivo-lingüístico. Entre la compleja gama de ingredientes pragmático-textuales que intervienen en la utilización del algoritmo⁴³ lingüístico, hay que contar con los parámetros conciencales en la amplia gama de los *conmutadores*⁴⁴, básicos responsables del flujo discursivo-lingüístico.

No siempre las isotaxias, o agrupamientos discursivos, responden a isosemias sistemático-lingüísticas, sean éstas por antonimia o hiponimia, clasemática, semantemática o lexémica, o a para-isosemias sistemático-lingüísticas sobre la base de distintas relaciones hipotácticas entre las unidades sintagmatizables, desde un mínimo de tolerancia hasta un máximo de exigencia reccional⁴⁵. En ocasiones, el *sentido*⁴⁶ del discurso acusa bifurcaciones cuyo conmutador responsable no es sino la conciencia concomitante⁴⁷, que ejerce su control en la

³⁸ Se refiere a la *Generative Satzsemantik...*, ya mencionada supra, nota 23, de BREKLE.

³⁹ Vid. K. HEGER, o.c. supra, nota 25, p. 103.

⁴⁰ Vid. A.J. GREIMAS, *Semántica Estructural. Investigación metodológica*, Gredos, Madrid, 1976 (ed. orig., 1966), p. 42. Conviene advertir que la traducción del subtítulo no se corresponde bien ni con el espíritu ni con la letra del original “Recherche de Méthode”, que hubiera sido mejor traducir por “En busca de método”.

⁴¹ Vid. R. VALIN, *Petite introduction à la Psychomécanique du langage*, Québec, 1955 (2ª ed.), pp. 47-48.

⁴² Vid. S.K. SAUMJAN, “La cybernétique et la langue”, en *Problèmes du langage*, Paris, 1966, p. 146: “Ayant en vue la nécessité de différencier sérieusement les relations syntactiques intérieures des moyens linguistiques qui servent à exprimer ces relations, j'ai proposé d'introduire dans la grammaire génératrice les notions de *génotype* et de *phénotype*. Les génotypes linguistiques sont des objets syntactiques indépendants des moyens linguistiques qui servent à les exprimer. Les phénotypes sont les formes extérieures dont sont revêtus les génotypes. *L'ensemble des génotypes linguistiques compose justement, dans l'esprit de F. de Saussure, la nature de la langue*”. (Subrayado mío).

⁴³ Vid. N. CHOMSKY, “Préface” a *Notions sur les Grammaires Formelles* de M. GROSS y A. LENTIN, Paris, 1967, pp. 1-4.

⁴⁴ Vid. A.J. GREIMAS, *Maupassant. La sémiotique du texte: exercices pratiques*, Seuil, Paris, 1976, pp. 40-41.

⁴⁵ Vid. E. RAMÓN TRIVES, *Estudios Sintáctico-semánticos del Español. I. La Dinámica interoracional*, Godoy, Murcia, 1982.

⁴⁶ Vid. E. COSERIU, *El hombre y su lenguaje*, Gredos, Madrid, 1977, pp. 220-263.

⁴⁷ Me refiero a las frases incidentales encaminadas a orientar a nuestro interlocutor en una determinada perspectiva del *proceso enunciativo* de nuestro discurso.

producción discursiva, dejando constancia de su especial intencionalidad, tanto con respecto al control de la presión verbal inadvertidamente expresada —parentéticas retractatorias—, como con respecto a la más intencionada orientación del sentido del flujo discursivo, conscientemente omitido —parentéticas perlocutorias⁴⁸—, o en más sutiles circunstancias, donde la por así decir “consciencia concomitante preléxica” pasa a “quasi incoscienza léxica” —construcciones isosémico-anisomórficas—.

El *corpus* de expresiones lingüísticas —habladas o escritas— no es sino el ingrediente terminativo del mecanismo lingüístico o “schèmes abstraits des opérations de pensée à effectuer pour obtenir la représentation de telle ou telle fraction d’univers”, de que hablaba R. Valin. De ahí que para una descripción de la competencia o capacidad lingüística integral, aunque sea necesario, no es suficiente como punto de partida objetivamente garantizado para la descripción adecuada de dicho mecanismo socio-comunicativo. Pues, en efecto, la lengua no es una piedra para analizar en el laboratorio, puesto que es un algoritmo, que debe ser estudiado en su totalidad desde el punto de vista de los paradigmas de su funcionamiento, que no pudiendo ser, en cuanto funcionamiento efectivo, pragmáticamente exento o descontextualizado, no puede ser analizado exclusivamente desde el corpus, por muy amplio y variado que éste sea, sino (aparte de las valoraciones de la muestra ofrecida por el corpus, donde la referencia a la sistemática genotéxica o pre-textual necesariamente tiene que poner a contribución la capacidad intuitiva) desde la capacidad genotextual o pre-textual integral en pleno dominio de la conciencia concomitante al acto socio-comunitativo. La semántica interpretativa (en un sentido distinto al del modelo de Katz-Fodor), dada la radical condición dialógica de la dinámica lingüística-comunitativa⁴⁹, es necesaria pero no suficiente como análisis del componente semántico, ni autónoma, puesto que sin semántica genotextual no se podría proceder a la reproducción de enunciado alguno, dado que el que habla utiliza el componente semántico tanto como el que escucha.

El mecanismo productor de sentido que es el hombre a través de su lengua (“lengua viva” generadora de información debido a la novedosidad congénita de sus producciones, sin transpasar nunca, salvo en el terreno de lo banal “sin-físico-pragmático”⁵⁰, el que podríamos llamar “umbral de la comunicación”) se pone de manifiesto en las distintas microsistemáticas formadas por los diversos registros del mecanismo lingüístico-comunicativo en su integridad.

La semántica lingüística precisa, en los diversos estadios de su desarrollo, *cuantificar* y tipologizar las distintas unidades significativas, *interpretar* el sentido unitario del comportamiento textual desde la identificación y análisis de las unidades semánticas respectivas⁵¹, *sistematizar* las unidades sémicas de los distintos rangos del mecanismo verbal en orden creciente o decreciente de complejidad⁵², *transformar* unos mecanismos significantes en otros en orden a desarrollar, condensar, modificar o aproximar contenidos y, en fin, *generar* el sentido concreto de los significados o elementos dentro de la dimensión sintagmática, responsable última de todo lo auténticamente verbocomunicativo.

⁴⁸ El alcance del término “perlocutorio” o “perlocutivo” puede verse en los trabajos de O. Ducrot, J. Searle, etc.

⁴⁹ Vid. los planteamientos de M. BAJTIN, apud. T. TODOROV, *Mikhail Bakhtine. Le principe dialogique*, Paris, 1981.

⁵⁰ Vid. K. BUHLER, *Teoría del Lenguaje*, Rev. de Occidente, Madrid, 1950, pp. 193 y ss.

⁵¹ Vid. F. RASTIER, *Sémantique Interprétative*, P.U.F., Paris, 1987, pp. 9 y ss.

⁵² Vid. K. HEGER, o.c. supra, nota 25.

Toda estructura semótica debe dar cuenta de sus elementos, argumentos o actantes, y de las relaciones de esos elementos entre sí. De ahí, un doble quehacer fundamental semiológico, de acuerdo con los planteamientos anteriores: El inmanencial e “hiposémico” y el manifestacional o “hipotático”, o también, sémico y clasemático, respectivamente ⁵³.

Estoy de acuerdo con R. Trujillo cuando dice: “Lo que ocurre es, simplemente, que ninguna pasiva significa lo mismo que su activa: una cosa son las jerarquías sintácticas y otra la expresión puramente semántica de relaciones que son sólo léxicas; no gramaticales”⁵⁴. Los mecanismos gramaticales, desde mi punto de vista, no se reducen a los que obedecen a las “funciones sintácticas” al uso, auténticos “significantes” responsables de peculiares “efectos de sentido”, según el rango de su funcionamiento, sino que alcanzan, radicalmente, a los componentes de los argumentos verbales de las “funciones sintácticas”, como virtuales mecanismos valenciales al servicio de su eventual actualización en funciones sintácticas de rango superior, teniendo que “aceptarse la premisa indispensable de la radical diferencia entre significado y sentido”⁵⁵.

Pienso que hablamos gracias a la gramática; pero no lo haríamos o lo haríamos a pesar de ella, si nos contentásemos con las “funciones gramaticales” como puros esquemas sintácticos con puro poder de dar sentido, pero desprovistos de actualización léxica alguna del potencial orientador o señero que entraña la actualización verbal de las funciones sintácticas o, más propiamente, de los “funtores sintácticos”.

Así, podemos propugnar, en mi modesta opinión, la actualización de funciones sintácticas distintas en los textos siguientes:

A: *Compré el libro a María*, porque aparte de su interés intrínseco, también ella misma me lo puso a muy buen precio.

B: *Compré el libro a María*, porque sabía que estaba deseando leer un libro así.

A₁: ¿María tenía ese libro?

B₁: ¿María carecía de ese libro?

A₂: Adquirí a muy buen precio el libro que tenía María.

B₂: Regalé el libro a María. Se lo compré a Juan para ella.

Es evidente que el hablante no utiliza sólo la información del *rango de complementariedad* del sintagma “a María” con respecto al verbo “comprar”, sino que vierte sobre esa información la que procede de su conocimiento sémico estructurado, que le hace conmutar *comprara* con *quitar* y *comprara* con *dar*, por ejemplo, junto con el conocimiento de las

⁵³ Vid. A.J. GREIMAS, o.c. supra, nota 40.

⁵⁴ Vid. R. TRUJILLO, “La estructura semántica de la Gramática”, en *Actas del VII Congreso. Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL). Homenaje a Pedro Henriquez Ureña*, Tomo I, Santo Domingo, República Dominicana, 1984, pp. 143-160, y, concretamente, p. 151. (Mi agradecimiento desde aquí a mi amigo el Prof. Vera Luján, que me hizo reparar en tan interesante artículo).

⁵⁵ Ib., p. 150.

instrucciones valenciales de cada uno de esos términos, que caracterizan a COMPRAR como /separativo/, sea o no /destinable/, y a DAR como /benefactivo/, sea o no /separable/. Todo ello, naturalmente, depende “de los significados particulares de las palabras en cada una de las oraciones”⁵⁶, pero sin esa información no tendríamos los textos A y B cabalmente configurados.

Postulamos la existencia de una *teoría semántica integradora* capaz de percibir el sentido y, consecuentemente, capaz de dar sentido a nuestro comportamiento verbal⁵⁷. Desde diseños similares a la paradigmática de K. Heger es necesario dar cuenta de la *teoría semántica integradora* de los distintos rangos o mecanismos del funcionamiento de nuestra lengua, capaz de percibir el significado implicado en el *rol posicional* de los esquemas sintagmáticos, así como el significado de las unidades convocadas por el esquema sintagmático al *rol posicional*, responsables cualitativos ambos del *sentido resultante* del comportamiento verbal. Dicha *teoría semántica integradora* tiene que dar inexorablemente cuenta del *significado* potencial de los funtores o elementos dentro de sus respectivos paradigmas, así como del *sentido* resultante de la actualización sintagmática de los significados potenciales de los funtores o elementos, condicionados por los significados implicados en el *rol posicional* de los esquemas sintagmáticos o articulados en el comportamiento verbal, inmerso en un encadenamiento signico pleno, todo él implicado en el proceso integral que partiendo de lo extralingüístico o puramente conceptual encuentra su cauce en la articulación o interrelación sintagmática de unidades, donde tanto los elementos —*lexemas* o *morfemas*—, como virtualidades simbólicas de referencialidad extra e intralingüística, como los modelos o esquemas sintagmáticos, con sus respectivas virtualidades simbólicas de referencialidad extra e intralingüística —piénsese en los modelos conversacionales, necesariamente alternativos, de referencialidad extralingüística— son convocados por el hablante para dar sentido al comportamiento verbal de cada momento.

Los logros de la *semántica lexemática* o *morfemática* reclaman el inexorable complemento de la *semántica sintagmática* o *textual*, donde la identificación de categorías debe verificarse desde la paradigmática supracategorial, cocategorial o subcategorial lógicamente entera. Frases como:

A₁: *Entró en su ciudad*

A₂: *Llegó a su pueblo*

A₃: *Fue al médico*

frente a:

B₁: *Pensó en su ciudad*

B₂: *Saludó a su pueblo*

B₃: *Consultó al médico*

⁵⁶ Ib., p. 157.

⁵⁷ Vid. F. RASTIER, o.c. supra, nota 51, pp. 213 y ss.

ponen en juego esquemas funcionales de distinta extracción clasemática o valencial, dado que todo emparejamiento sintagmático o interrelación de unidades o elementos dentro del flujo discursivo entraña la pertenencia a una misma clase como mínimo fundamento o razón isotópica. En el caso de A₁, A₂ y A₃ se ponen en juego esquemas valenciales *locativos*. Lo cual entraña que los complementos o argumentos participantes en tales esquemas locativos quedan supraclasificados por la *dimensión locativa* dominante, sean o no topónimos (*ciudad y pueblo vs médico*). Mientras que en el caso de B₁, B₂ y B₃ se ponen en juego esquemas valenciales *no locativos*. Lo cual entraña que los complementos o argumentos respectivos quedan supraclasificados por la *dimensión no locativa* dominante, sean o no *topónimos* (*médico vs ciudad y pueblo*).

Los esquemas proposicionales dominados por los núcleos relatoriales *SER/HACER* con sus variantes imponen peculiares condicionamientos supraclasificatorios o subcategorizadores *estáticos/dinámicos* a los complementos o argumentos respectivos, sean o no *estáticos/dinámicos*.

Los esquemas sintagmáticos formalmente tautológicos del tipo *café, café, tu hijo es tu hijo*, o formalmente contradictorios del tipo *café anticafé, este café no es café ni es nada, tu hijo no es tu hijo*, operantes en las llamadas paradojas del lenguaje, adquieren su especial rentabilidad decidora, en este caso por antonomasia o enfática, precisamente por el sentido que el *rol posicional* inexorablemente impone a las unidades o elementos de un grupo sintagmático o esquema funcional, sea cual sea su contenido lexemático, como mínima razón isotópica de su pertenencia a un *topos* compartido dentro del flujo sintagmático. Se trata de la *isotopía por indentificación*, de la que me he ocupado ya en otro lugar⁵⁸, o *por contradicción*, que, debido al influjo del *significado funcional* del esquema sintagmático, no queda en pura identificación tautológica o contradicción estricta, obteniéndose una *isotopía de especial relieve*, tanto por la vía de la identificación como por la de la contradicción, de resultados que no pueden ser considerados ni como *macrogenéricos* ni *mesogenéricos* ni *microgenéricos*⁵⁹ analíticos o *merismáticos*, sino condensatorios u *holísticos* desde los condicionamientos temático-remáticos *definiendum-definiens* que el flujo sintagmático-discursivo explota, con sus especiales efectos de sentido señalados, y que un diccionario rechazaría por inoperantes. De forma que *café, café* vale tanto como “café con todas las propiedades del café”, *tu hijo es tu hijo* dice, de modo directo que “tu hijo encarna todas las características y expectativas que cabría cifrar en un hijo de tal padre”, *café anticafé* o *café no café* vale tanto como expresar, de modo vivo, que se trata de un “café sin nada de tal”, *tu hijo no es tu hijo* excluye, de modo directo, por la fuerza de la relación inclusiva *sujeto-predicado*, que “tu hijo pueda ser incluido dentro de las características o expectativas cifradas en un hijo de tal padre”.

La gramática integradora, viva, merced a la cual el hablante habla, entraña el saber implícito/explicito de todos los códigos y subcódigos instrumentalizados en el acontecimiento verbocomunicativo. Del *sonido* al *sentido* en cada lengua el camino o proceso es complejo, pero todo él, y no sólo la estructura sintagmática, es un legado cifrado o codificado por el grupo social al que se pertenece.

El *significado funcional* junto con el *lexemático* o *morfemático*, o lo que es lo mismo, los elementos y su capacidad de encadenamiento o interrelación, son necesarios por igual en el comportamiento verbal, que, por su condición económica, pone en rendimiento comunica-

⁵⁸ Vid. E. RAMÓN TRIVES, o.c. supra, nota 2, pp. 218 y ss.

⁵⁹ Vid. F. RASTIER, o.c. supra, nota 51, pp. 130-131

tivo tanto las unidades de los mecanismos sintagmáticos en funcionamiento como las funciones mismas de tales mecanismos, como consecuencia de su naturaleza interrelacional, que vale tanto como semiótica o económica, *omne symbolum de symbolo* ⁶⁰.

La complejidad del comportamiento verbal excluye todo planteamiento apologético, anatematizador de los razonablemente variados modos de aproximación exploratoria. Las distintas metodologías funcionan como paradigmas cerrados, pero en modo alguno pueden ser consideradas, en mi opinión, como artefactos metalingüísticos o *constructos* clausurantes de cualesquiera otros planteamientos. Parece lícito asumir la condición semántica de la metodología gramatical, que agranda en complejidad el objeto formal metodológico con respecto a una gramática que voluntariamente abstraiga de condicionamientos semánticos, pero deja de ser lícito pensar que haya que detener la consideración semántica de la gramática en un rango o estadio del funcionamiento verbocomunicativo. Planteamientos como los de Aristóteles en su *De Interpretatione, Poética o Retórica*, donde se dan cita los distintos representantes de los rangos de funcionamiento verbocomunicativos, del *elemento al texto* —piénsese cuando se discute en la Poética respecto del carácter unitario de la *Iliada*, descrita como “enunciación por unión, por significar una sola cosa”⁶¹— abarcan una complejidad que reclama indudables recortes metodológicos, pero el razonable e ineludible aplazamiento que toda opción metodológica entraña no puede instalarnos, sino más bien instarnos a un progresivo adentramiento en la complejidad del comportamiento verbocomunicativo en todos los niveles de su funcionamiento, máxime cuando la condición jerárquica del comportamiento verbal, en la medida en la que no se excluye la condición *significante* ni de las relaciones o esquemas funcionales ni de los elementos implicados, exige la aplicación de la metodología semántico-gramatical adoptada a todos los rangos o niveles del funcionamiento verbocomunicativo.

Por el interés estimulante de una metodología integradora de las distintas perspectivas gramaticales, me permito aducir la siguiente hipótesis metodológica de René Thom ⁶²:

“En lo que se refiere a la gramática universal he propuesto inicialmente ordenar las categorías gramaticales según ciertos parámetros continuos, como, por ejemplo, la densidad semántica... sugería considerar nombre, adjetivo, verbo, etc., como categorías ordenables «por densidad semántica decreciente»... a través de un doble sistema de parámetros que se deben poder aplicar en un plano... por una parte, el eje *Ox*, que va desde la *cosa en sí* al *emisor*, por otra, el eje *Oy*, que representa la complejidad semántica de los conceptos.

En el eje *Ox* están representados los aspectos que el lingüista Kenneth L. Pike llama respectivamente *émico* y *ético*; el aspecto émico es el aspecto de la cosa en sí, mientras que el ético es el aspecto de la cosa tal como la entiende el hablante. La idea que está en la base de este eje *Ox*, brevemente, es ésta: un concepto, como ya he dicho, es una especie de organismo que tiene su propia regulación; defiende su significado de las agresiones del ambiente a través de mecanismos bastante parecidos a los de un ser vivo. El significado de un concepto, por lo tanto, es algo autónomo, temporalmente

⁶⁰ Vid. CH. S. PEIRCE, Apud. *El Hombre, un signo. (El pragmatismo de Peirce)*, traducción, introducción y notas de J. VERICAT, Ed. Crítica, Barcelona, 1988, p. 157.

⁶¹ Vid. ARISTÓTELES, *Poética, Las partes de la elocución*, 25-30, apud. V. GARCIA YEBRA, *Poética de Aristóteles*, Gredos, Madrid, 1974, p. 202.

⁶² Vid. R. THOM, *Parábolas y catástrofes*, Tusquets Edrs., Barcelona, 1985, pp. 148-151.

invariable y no localizado. Otras funciones gramaticales, sin embargo, tienen características opuestas. Si se consideran, por ejemplo, los demostrativos en «esta mesa» o en «este individuo», está claro que la palabra *esto* se ve siempre acompañada idealmente por el gesto indicativo; digo «esta mesa» y la mesa se encuentra en la prolongación del índice con el cual señalo el objeto. Así, el significado de «esto» (y de formas gramaticales del mismo tipo) no es algo vinculado de una forma canónica a la palabra (como ocurre en ocasiones en el caso del sustantivo), sino que más bien es un significado ligado a una situación específica, a una *posición* específica de nuestro cuerpo; es algo, pues, que depende de la actividad lingüística del hablante.

Estos dos polos opuestos constituyen precisamente los extremos del eje *Ox*. En el origen están los nombres, los sustantivos, que tienen un significado intrínseco independiente de la actividad del locutor; en el otro extremo están los demostrativos, cuyo significado depende de manera fundamental de tal actividad. Entre los extremos se sitúan las formas gramaticales intermedias, cuyo aspecto émico y ético se combinan en diversa medida; los verbos, que tienen en general significado intrínseco y que están temporalmente localizados (como ya he dicho, la acción verbal se desarrolla en el tiempo y por eso está más cerca de la situación vivida por el hablante); los adjetivos, que ponen en juego la apreciación subjetiva del locutor y que, en general, son susceptibles de gradación (en muchos casos, una cualidad puede estar más o menos «marcada»), resultando aún más próximos a la actividad inmediata del lenguaje; y después los números, los artículos y, finalmente, los demostrativos. Se podrían añadir las cópulas lógicas como *o* e *y*, que tienen un significado puramente combinatorio, ligado a situaciones lingüísticas preexistentes...

El eje *Oy* representa la «complejidad semántica» de los conceptos. Un concepto es tanto más complejo cuantos más espacios fibrados, unos sobre otros, se requieren para su regulación. Tomemos uno de los ejemplos más complejos de concepto, el concepto de «hombre»...

«Hombre» es, pues, un concepto extremadamente complejo, y para expresar todos los significados asociados a él hay que utilizar un gran número de verbos. Por el contrario, si se toma un concepto extremadamente simple y abstracto como «unidad», se ve enseguida que puede describirse geoméricamente con un «pozo» parabólico de potencia. Entre «hombre» y «unidad» están todos los demás conceptos: partiendo de lo concreto, como por ejemplo, los nombres propios, se va descendiendo hacia lo abstracto: éstos son los dos extremos del eje *Oy*...

Aristóteles ha diferenciado dos tipos de predicado, *legetai tinos* y *einai en tini*, nuestros dos ejes *Ox* y *Oy* están directamente vinculados a ellos. El predicado del primer tipo no aporta ningún elemento nuevo de información, sino que explicita más bien la estructura del lenguaje: así ocurre, por ejemplo, cuando decimos «Pablo es un hombre» o cuando Aristóteles decía «la gramática es una ciencia». Por el contrario, al considerar un predicado del tipo «el cielo es azul», está claro que en este caso atribuimos un accidente a la substancia «cielo» y, por tanto, una predicación de este tipo tiene un alcance ontológico, dice algo acerca de la realidad.

En mi esquema general, este último tipo de predicación puede quedar representado por una flecha horizontal paralela al eje *Ox*, que va desde la cosa en sí hasta el hablante. A través de una especie de túnel, la cosa en sí se sitúa en un cráter de potencial y el hablante en un cráter situado en el otro extremo. El «túnel» que permite

pasar de uno a otro es precisamente el predicado; los predicados son «umbrales» que permiten la comunicación de la cosa en sí con el hablante, y precisamente por esta razón el hablante recibe un *quantum* de información que puede utilizar para su propia regulación”.

El necesario aplazamiento metodológico de los problemas coadyuva a su solución, pero no los resuelve por sí mismo, debiendo dar paso a estadios de mayor complejidad y compromiso, en un creciente abandono de la seguridad de lo *émico*, para adentrarnos en las variables e inquietantes complejidades de lo *ético*, que todo comportamiento verbal necesariamente entraña, donde la tipología o *generalidad émico-paradigmática* tiene que actualizarse en las subclasificaciones o emparejamientos topológicos o articulatorios *ético-sintagmáticos*.

Lo *simbólico*, lo *icónico* y lo *indicial* se dan cita en el comportamiento sintagmático verbocomunicativo en virtud de la aplicación de una serie de códigos o subcódigos de obligado cumplimiento si se quiere alcanzar el rendimiento adecuado ⁶³. Frases como *Dame* vs *Déme* difícilmente pueden producirse o interpretarse adecuadamente sin el concurso de parámetros pragmáticos o interlocutivos. Dígase lo mismo del variado enhebrado temporal propio de la flexión verbal y de distintos *operadores pragmáticos* (adverbios, conjunciones, etc.), codificados responsables del *sentido* no aleatoriamente conferido a los *significados* simbólico-referenciales fundamentales ⁶⁴.

“Una de las verdades filosóficas —nos dirá Ch. S. Peirce ⁶⁵— que trae a la luz la lógica de Boole es la de que los iconos de tipo algebraico existen en todas las proposiciones gramaticales ordinarias, aunque habitualmente sean muy simples. En toda escritura primitiva, tal como los jeroglíficos egipcios, hay iconos de tipo no-lógico, los ideógrafos. En las formas más tempranas del discurso había probablemente una parte muy grande de mimo. Pero en todos los lenguajes conocidos se han sustituido tales representaciones por signos convencionales auditivos. Estos, sin embargo, son tales que sólo pueden explicarse por iconos. Pero en la sintaxis de todo lenguaje hay iconos lógicos del tipo de los que se forman con ayuda de reglas convencionales”.

La semántica integradora, dinámica que propugnamos, tiene que ser pragmática, si quiere ser modelo adecuado predictivo-explicativo del comportamiento verbal en su integridad ⁶⁶. Lo *óntico* tiene que pasar por el filtro de lo *ontológico*. La *opacidad* de la *cosa en sí* encuentra su *transparencia signica*, modélica, en su aproximación al emisor, en el acontecimiento verbocomunicativo ⁶⁷. La actividad dialógica interoracional convoca la *dimensión simbólica, icónica e indicial* en integrada convergencia semiótica, donde sólo metodológicamente son separables los objetivos perseguidos por las disciplinas que desde Pierce-Morris se han venido contraponiendo bajo el nombre de *sintaxis, semántica y pragmática*. En efecto, el que escucha una frase del tipo

⁶³ Vid. CH. S. PEIRCE, o.c. supra, nota 60, pp. 142 y ss.

⁶⁴ Vid. K. HEGER, “Noèmes métalinguistiques-réflexifs et la distinction entre syntaxe et sémantique”, en *Hommage a Bernard Pottier I*, Klincksieck, Paris, 1988, pp. 351-359. También F. RASTIER, “Problématiques sémantiques”, en *Hommage a Bernard Pottier II*, Klincksieck, Paris, 1988, pp. 671-686.

⁶⁵ Vid. SH. S. PEIRCE, o.c. supra, nota 60, p. 146.

⁶⁶ Vid. J.L. AUSTIN, *Palabras y Acciones* (título orig. *How to Do Things with Words*, 1ª ed., 1962), Paidós, Argentina, 1971. También F. RASTIER, o.c. supra, notas 51 y 64.

⁶⁷ Vid. R. THOM, o.c. supra, nota 62, con su radical dialogía “hombre-mundo”. También, J. SUMPF, “Le problème des typologies”, en *Langages* 13, Didier/Larousse, Paris, 1969, pp. 48-50, y, concretamente, p. 47.

El niño ha secuestrado al anciano

al tomarla como unidad o *texto*, realiza una actividad interpretativa que se “produce simultáneamente en dos direcciones divergentes: por descomposición progresiva del sintagma y por generalización creciente del paradigma”⁶⁸, desde todos los ángulos desde los que dicho texto presenta instrucciones de interpretación:

1. La *dimensión simbólica* hace reparar en los segmentos o unidades lexemáticas *niño*, *secuestrar* y *anciano*, identificables desde los paradigmas referenciales respectivos, dos en este caso: */niño vs joven vs... anciano/* y */secuestrar vs cobijar vs alojar vs... soltar/*;

2. La *dimensión icónica* hace reparar en la relación de *dominio* del *secuestrador* con respecto al *secuestrado* sobre la base de la relación de *dominancia* funcional del *sujeto* con respecto al *objeto*;

3. La *dimensión indicial* hace reparar en los *actores* concretos, dentro de unas coordenadas concretas espacio-temporales con respecto a los interlocutores, sobre la base de la función señalética de los artículos utilizados, y hace reparar, asimismo, en el *momento concreto o tiempo* relativo del *suceso* con respecto a los interlocutores, sobre la base de la función, igualmente, señalética del tiempo verbal utilizado.

De forma que los datos estrictamente sintácticos, semánticos y pragmáticos —si queremos mantener las diferencias metodológicas usuales— son necesarios a la hora de esclarecer el ensamblaje semiótico realizado por un texto.

Si se observa detenidamente la actividad dialógica interoracional, es razonable llegar a la conclusión del predominio del sentido o dimensión indicial o pragmática sobre las demás⁶⁹. Lo cual puede ayudar a comprender el especial funcionamiento de esos reductos o bloques memorizados como lexías complejas o textuales del interesante capítulo de los piropos, los insultos, los refranes, etc., que al decir de Eugenio Coseriu, recordando a Eduardo Benot⁷⁰, se sustraen a la estructura funcional de la lengua y son, más bien, un fenómeno de arquitectura de la misma. Eso es lo que, a mi juicio, impide que se pueda realizar un estudio analítico en lo simbólico o icónico literal, siendo así que dichas dimensiones han cedido o suspendido su autonomía semiótica en aras de la dimensión indicial del conjunto. Esto se comprueba claramente cuando comparamos dos lenguas, queriendo pasar de una lexía textual en una lengua a su equivalente en otra. Sostengo que en estos casos, más que la *dimensión simbólica* de los distintos lexemas o unidades, más que la traducción de similitud o proximidad referencial por parte de la posible *dimensión icónica*, lo que adquiere auténtica pertinencia o relevancia sobre ellas es la *dimensión indicial*, que sitúa al locutor ante las coordenadas situacionales que confieren coherencia a dicha expresión como bloque o lexía compleja o textual. Piénsese, por ejemplo, en una lexía compleja o textual del tipo

Kleider machen Leute

⁶⁸ Vid. C. LÉVI-STRAUSS, *El hombre desnudo. Mitológicas IV*, Siglo XXI, México, 1976 (ed. orig., 1971), p. 613, a propósito del eje metonímico y metafórico del *texto*.

⁶⁹ Vid. la diferencia entre el “mostrar” y el “decir” en los planteamientos de L. WITTGENSTEIN.

⁷⁰ Vid. E. BENOT, *Arte de hablar. Gramática de la lengua castellana*, Madrid, 1921, 2ª ed., (1ª ed., 1910).

que un diccionario como el de H. Muller y G. Haensch traduce por

El hábito hace al monje

malacomodando la lexía textual española *El hábito no hace al monje* —lo que supondría que es lexía textual abierta a la afirmación o negación lo que es un bloque cerrado y, como tal, memorizado—. Ante una lexía de este tipo, no vale la traducción literal del tipo *Los vestidos hacen a la gente*; tampoco vale adulterar o alterar elementos del discurso repetido o memorizado como un todo inalterable. Se impone, a mi juicio, como ya hice ver en otro lugar ⁷¹, a propósito de otros casos de una lengua tan querida por mi maestro y amigo Luis Rubio, buscar el paralelo situacional que suscite la adecuada utilización de la *dimensión indicial* del comportamiento verbal, y tal paralelo, a mi juicio, se encuentra en lexías textuales del tipo

Una buena capa todo lo tapa, etc.

En suma, propugno una *semántica integrada* de las distintas dimensiones semióticas convocadas por el comportamiento verbal ⁷². Lo que nos aboca a problemas de desbordante complejidad, siquiera sea en los linderos de ese apasionante mundo diseñado por el gran buscador de señas humanas que fue Lévi-Strauss ⁷³: “Igual que en genética, el carácter prácticamente ilimitado de los enunciados verbales, es decir, de las combinaciones posibles, viene ante todo del número fantástico de elementos y reglas que pueden intervenir. Los estadísticos nos enseñan que dos pares de cromosomas determinan cuatro genomas posibles y que n pares de cromosomas determinan una población virtual de 2^n genomas, o sea, en el caso del hombre 2^{23} . Supuestas iguales —ficticiamente— todas las cosas, la probabilidad de que dos parejas generen dos niños idénticos será así del orden de $(1/2^{23})^2$: una probabilidad contra millones y millones. Pues bien, la combinatoria del lenguaje es aún más rica que la de la vida, y se comprende que aun reconociéndola teóricamente finita, de hecho sean nulas las probabilidades de que dentro de los límites observables se repitan dos enunciados suficientemente largos, aun sin tener en cuenta los cambios diacrónicos que, fuera de la consciencia y la intención de los sujetos, se producen bajo el efecto de las mutaciones fonológicas y gramaticales que marcan la evolución de la lengua, de las mutaciones biológicas y de otros accidentes, como los entrecruzamientos, encabalgamientos y translocaciones de cromosomas, que marcan la evolución de la vida; de suerte que, después de cierto tiempo, no podrían reaparecer las mismas frases ni los mismos genomas, por la sencilla razón de haber cambiado entre tanto los repertorios genético o lingüístico... el estructuralismo... descubre en efecto, detrás de las cosas, una unidad y coherencia que no podía revelar la simple descripción de los hechos, en cierto modo aplanados y desparramados sin orden bajo la mirada del conocimiento”.

⁷¹ Vid. E. RAMÓN TRIVES, “La lingüística integral y su incidencia en el aprendizaje de una lengua extranjera”, en *Actas de AESLA*, Murcia, 1983, pp. 85-92.

⁷² Vid. R. THOM, o.c. supra, nota 62. También F. RASTIER, o.c. supra, nota 51. Asimismo, G.N. LEECH, *Principles of Pragmatics*, Longman, Londres y Nueva York, 1983, p. 7.

⁷³ Vid. C. LÉVI-STRAUSS, o.c. supra, nota 68, pp. 620-621.